

## FATIGA DEL OCCIDENTE

**Resumen:** El artículo toma nota, primero, de manifestaciones originadas en medios políticos y académicos que implican abandono de las mejores tradiciones de Occidente. Aborda, luego, posturas que en pleno siglo XIX suponían, en cambio, crítica y superación de carencias todavía hoy comprobables.

**Palabras clave:** Crítica, Reconstrucción, Esperanza

## FATIGUE OF THE WEST

**Abstract:** the article takes notes, first, of manifestations originated between the politics and academics means that implied the abandonment of the best traditions of the west. It boards later, positions that in the XIX century assumed otherwise critics and the overcoming of beliefs that are still today ascertainable.

**Key words:** critic, reconstruction, hope.

**Forma de citar:** Puchet, E. (2016) “Fatiga del Occidente”. *Voces de la Educación*, 1 (1) pp. 78-86.

**Enrique Puchet C.:** Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad de la República. Uruguay

**Correo Electrónico:** enriquepuchet@gmail.com

**Fecha recepción:** 22 diciembre de 2015    **Fecha aceptación:** 5 enero de 2016

## FATIGA DE OCCIDENTE

“En verdad, estamos demasiado cansados para morir. Nos mantenemos vivos y lúcidos— en sepulcros” (Fr NIETZSCHE).

Hay signos visibles y audibles: políticos e intelectuales, que por cierto no comparten intereses, desde la Europa opulenta, nos hacen saber de depresiones materiales y espirituales, debilitamiento o pérdida de la indispensable fe vital—fatiga occidental, en fin. Desde el Nuevo Mundo, el nuestro, la declaración de obsolescencia suele acompañarse de regocijo por el castigo merecido: lo que empezó mal, el empeño imperial de configurar un planeta “a la Occidente”, debía concluir igualmente mal, con crisis insanable de valores. (No es un hecho indiferente que esta actitud que se asemeja a venganza no se encontraba en algunos censores arraigados en el siglo XIX, mucho más animados de un espíritu de reconstrucción y de recomienzo; de ellos recogeremos testimonios todavía valiosos.)

Así es que se vuelve a diagnosticar una decadencia de Occidente. Se habla con insistencia del colapso de la Democracia, del bloqueo del Capitalismo, sin saltarnos los que deploran el vaciamiento de los templos. Se da por entendido que la tradición de 1789 sufre una extenuación irremediable.

Aquí y allá, asoman síntomas. ¿Cómo elegir entre las voces que proclaman la ausencia del “sentido de la existencia”? A nosotros, aquí, nos interesa recoger testimonios de esos que, según se afirma, “producen impacto”: otros, animados de parecido desvelo, procederán—o lo han hecho ya— a practicar un censo erudito de autores y tendencias.

Los dos testimonios con que comenzaremos tienen el valor de originarse en medios muy alejados entre sí: la alta administración europea y la briosa ensayística contemporánea.

Nada menos que el presidente de la Comisión Europea, Claude Juncker, a quien nadie va a negarle representatividad, declara un secreto a voces: “No es ningún secreto que los ciudadanos han perdido la fe...Por eso creo que necesitamos inyectarle nueva vida al proyecto europeo. Nos esperan enormes retos /nota: ¿no se los tiene ya?/ y depende de nosotros estar a su altura...” (reproducido en El País, Montevideo, 14-VI-2015). Y todavía no es esto lo peor en la confesión del jerarca. Se está refiriendo también, o preferentemente, a un desafío militar, el del “neo-zarismo” ruso, contra el cual nada es suficiente mientras no se cuente “con un poder duro, con capacidades integradas de defensa”.

De modo que, para agravar las cosas, el mismo párrafo que pide “inyecciones de vida”, contiene un llamado al refuerzo armamentista vestido de urgencia defensiva. Esta indeseable convivencia, este escenario de “paz armada”, se los advierta o no, forman parte de la fragilidad de Occidente tal como hoy se nos presenta. Es la dificultad para proponerse un restablecimiento moral sin conseguir desentenderse de la apelación a la fuerza. Y aventuramos una hipótesis: este ingrediente de desesperanza, de ordinario larvado en expresiones que no remiten a expedientes tan brutales, se encuentra en cierto estilo de desilusión a cargo de refinados exponentes de la esfera intelectual. Los estrategas claman por presupuestos de Defensa; los ensayistas, no menos escépticos, se contentan con embrollos ideológicos. Una esperanza de algún tipo es el gran ausente.

Los intelectuales, según su hábito, se muestran más locuaces y matizados. No dejan dudas de que, al hablar de Occidente, se refieren a un ciclo que agoniza: si, además, concentran sus invectivas en la Modernidad, -en “la escuela moderna”, por ejemplo-, el diagnóstico crece en acritud, aunque no siempre en precisión.

Ya nadie se sorprende de que se nos inste a “cortocircuitar los valores establecidos”. De esta suerte se expide, a estas horas, M. Maffesoli, profesor emérito de la Sorbonne. Para él, algo (en verdad, mucho) necesita ser abandonado si Occidente ha de conocer, después de todo, su recuperación. Es el ocaso del “esquema racional del contrato social” (“racional”, “contrato”, se han vuelto palabras malsonantes). A la vez: no más “obnubilación por la ideología económica” y negativa a “permanecer obnubilados por la primacía, bien occidental, de la conciencia de sí”. Asimismo: “nada estable ni seguro”, “alcanzar el paroxismo”...

De tal modo resume su propuesta este adalid, sospechamos que no solitario, para quien es cuestión de rehabilitar, para humillación de la conciencia de sí, el goce animal, la “forma primaria”, el “élan vital” (¿lo aprobaría Bergson?), la potencia de lo trágico. Dicho con más sosiego: se trataría de “una acentuación de los particularismos arraigados que desafían el universalismo esquemático que prevalece en la representación monoteísta de Occidente” (1).

Entretanto, de Occidente siempre hay que decir, en homenaje a la veracidad, que en todo tiempo se han manifestado en su seno la disidencia, el pluralismo; rasgo no sólo característico sino también irrenunciable. Brotarán del infortunio perspectivas nuevas; habrá modos de convertir los sables en arados; el poderío amenazador, rencauzándose, se pondrá al servicio de todos...--mientras de Occidente se trate, los nuevos rumbos nacerán del libre buscar y descubrir, de los acuerdos que no admiten autoritarismos ni malentendidos.

No más querer, no más juzgar, no más crear... ¡Lejos de mí, y por siempre, tamaña indolencia! (Nietzsche).

Queremos decir que los cambios llevarán el sello del método liberador que han cultivado, a veces a pesar de sus propias doctrinas, Sócrates, Agustín, Descartes y Voltaire—para ilustrar con una escueta nómina a la medida de una cultura personal —la nuestra- menos que media.

Es así que el disgusto del occidental con su civilización se ha exteriorizado con frecuencia, y ello sin necesidad de tocar extremos de condenación que no dejan espacio para la rectificación superadora. Se lo encuentra en los románticos con quienes comienza el siglo XIX, lo mismo que en utilitarios de sus décadas finales. A semejanza (al menos, semejanza exterior) de las que hoy se escuchan, se leen entonces expresiones que denuncian males como la burocratización de la vida, la muerte de la fantasía, la presión que los hábitos más extendidos ejercen sobre la originalidad. No ha sido preciso llegar a nuestros días para oír decir, del Estado, que es “el nuevo ídolo”. Pero con una diferencia importante entre las protestas actuales y las de 100-150 años atrás. Un crítico como John Stuart Mill (1806-1873), por ejemplo, al tiempo que denuncia, se abstiene de recurrir a remedios “primitivos”, puesto que extrae de su tradición —la del valor de la mente inquisitiva- buenos recursos con que rectificar las vías falsas.

Mill, algo oscurecido por coetáneos más notorios, es en efecto un testimonio significativo del Occidente que se cuestiona. Basta con recorrer algunas páginas de su ensayo Sobre la libertad. Los avances de la sociedad industrial, piensa, han traído uniformidad: de gustos, de ideas, de costumbres. Negar, poner en cuestión, se han vuelto sospechosos; lo aconsejable es sentir y opinar como todo el mundo. (Se puede evocar el

tema nietzscheano del “anómalo” que acepta gustoso ingresar en el manicomio: volveremos sobre esto.) “Hoy está de moda despreciar la lógica negativa, la que indica los puntos flacos de la teoría o los errores de la práctica sin establecer verdades positivas. A decir verdad, semejante crítica negativa sería triste como resultado final; pero, como medio de obtener un conocimiento positivo o una convicción digna de este nombre, no hay palabras bastantes para alabarla” (trad. de L. Benito).

“La variedad se pierde día a día en Inglaterra”. Nos interesa retener cómo este juicio lleva a enfrentar críticamente el papel dominante del Estado en cuanto “normalizador”; esto es, precisamente, la existencia de una educación estatal, obligatoria y con contenidos uniformes. Consta que, desde comienzos del siglo XIX, esta era la tendencia, tanto en los países “centrales” como en los dependientes; en Inglaterra, la obligatoriedad de la instrucción básica se implantó en 1880 (2).

Es probable que produzcan sorpresa las palabras del pensador decimonónico:

“Que toda o la mayor parte de la educación se ponga en manos del Estado, es cosa que estoy muy lejos de desear. Todo lo que llevo dicho acerca de la importancia de la individualidad de carácter, de la diversidad de opiniones y de los modos de conducirse, no se concibe sin conceder la misma importancia a la diversidad de educación. Una educación general dada por el Estado no es otra cosa que una combinación estructurada para encajar a todos los hombres en el mismo molde: y como el molde en que se pretende encajarlos es el que más satisface al poder dominante (lo mismo si se trata de una monarquía que de una teocracia o de una aristocracia o de la mayoría de la generación existente), cuanto más eficaz y poderoso sea este poder, tanto mayor será el despotismo que establece sobre el espíritu y que tiende naturalmente a extenderse sobre el cuerpo. Una educación establecida e intervenida por el Estado no debería existir nunca”.

Es claro que ya no es posible volver atrás hacia las posiciones de liberalismo extremo del ensayista inglés. Pero sí es notable que, a diferencia de lo que suele suceder en nuestros días, se nos ofrezca aquí un sucedáneo vital compatible con el respeto a la individualidad. Porque, en Mill, la desconfianza sobre el poder estatal no viene acompañada de puro escepticismo acerca de otros modos posibles de vivir y producir asociados que responden a opciones voluntarias. “Las operaciones del gobierno, escribe, tienden a ser las mismas en todas partes. Al contrario, gracias a las asociaciones individuales y voluntarias, se consigue una inmensa y constante variedad de experiencias. El Estado puede ser útil convirtiéndose en depositario central y propagador activo de las experiencias que resultan de numerosos ensayos. Su tarea consiste en hacer que todo experimentador aproveche los ensayos de los demás, en vez de no tolerar más que los suyos propios”.

Como puede verse, la resistencia a un enorme fenómeno de las sociedades occidentales, la estatificación que empezaba a producir fatiga, supo traducirse, 150 años atrás, en esperanzada confianza en la vía alternativa: el estilo de actuar cooperario. Constituiría una omisión reprochable pasar por alto una referencia, siquiera tentativa, a Friedrich Nietzsche, a quien se deben algunas de las más incisivas denuncias de las falencias de su propio tiempo. Aun para el no especializado –entre los que nos contamos– la amplitud del cuestionamiento está a la vista. En nuestros medios, generaciones de lectores han asistido al abigarrado desfile de críticas más o menos recibibles. No han escapado los sistemas políticos y educativos, las normatividades éticas, la pesada herencia del encuadre religioso de las vidas.

El intento de abarcar materia tan diversa tiene que admitir sus limitaciones. Por de pronto, estas dos: necesidad de limitarse a una de las obras nietzscheanas (será Así habló

Zaratustra, de 1883-85: “mi libro principal”), y la renuncia a un desarrollo exhaustivo e interiormente conexo, que supondría dotes literarias nada frecuentes y, sobre todo, mayor certidumbre sobre el verdadero significado de las tesis examinadas. Sólo se encontrará, pues, una sucesión de puntualizaciones, incluso contra el deseo del autor, que afirmaba haber escrito un poema y no una colección de aforismos.

Se tendrá en cuenta cuál es el objetivo en vista: determinar, hasta donde sea posible, qué puede hacerse con Nietzsche cuando la preocupación está centrada en usos y concepciones de la educación en el presente. Tarea cumplida aquí con perceptible imperfección (3).

Donde nada hay que amar, sigue tu camino.

1. (Émulos) El lector necesita estar alerta. Nietzsche no quiere concederse la facilidad de las invectivas nacidas del resentimiento, del afán incontrolado de venganza, así sea verbal. Esto encierra en sí mismo una advertencia aleccionante. Reconozcamos que, hoy, se asiste a estruendos retóricos que acreditan al crítico como alguien al que no engañan mitos prestigiosos. Es justamente lo que se desprende del fragmento “Seguir su camino”, en el que “el mono de Zaratustra” —el nombre debería prevenirnos— enumera los vicios, las pseudo-virtudes, las trampas inherentes a las grandes concentraciones urbanas del mundo contemporáneo (la Gran Ciudad). (Se estima que, hacia 1890, la mitad de los alemanes vivían en ciudades; dato complementario: sólo un 19% de los trabajadores lo eran en el medio rural.) Alude con énfasis a la dominación ejercida por la “opinión pública”, movilizadora a su vez por los medios de masas, los periódicos de gran consumo: “aquí, el espíritu no es otra cosa que juego de palabras, wortspiel”. (Es oportuno recordar que, a su manera, también Mill había hablado de la superior facilidad con que los poderosos del mundo se hacen oír “en el parlamento y en la prensa”.) En último término, se está gobernado por “mercachifles”. Inclusive, puede leerse en este alegato del “émulo de Zaratustra” una referencia a la alianza del púlpito y la espada: se explicaría en una Europa militarizada—el imperio alemán, ante todo, en el que, aun con discreción, un historiador (R. Schnerb) asegura que “los gastos militares eran considerables”. En suma: “mucho devoción servil, sumisión para gloria del Dios de los ejércitos”.

Y, sin embargo, esta acumulación de epítetos no es la crítica que se propone seriamente descubrir vicios sin estar arrojando sobre su objeto desechos de la frustración propia.

Habla Zaratustra:

—Te llaman mi mono, loco espumajante. Pero yo te llamo mi puerco gruñón...¿Qué es lo que te hace gruñir?¿Es que no se te ha adulado bastante? Te fijas en la inmundicia para tener razones de gruñir sin medida...La venganza es lo que te hace gruñir.

No vale practicar el repudio si el acusador no se pregunta por las raíces de las que su intemperancia se alimenta. Al furibundo, Zaratustra lo ha “adivinado”. Y no es eso todo. En lugar de dejarse llevar por el resentimiento, la sana inspiración ha de provenir del amor: “Mi desprecio, y el ave que me sirve de presagio, nacen del amor, no del pantano”. Allí donde sólo es cuestión de vehemencia, aconseja la sabiduría “seguir adelante”. (Sería tentador hablar de “buena voluntad”, pero es verosímil que este lenguaje resultará disonante en un contexto nietzscheano.)

2. (Ecos en el aula) No es nada desdeñable que así se nos advierta –y de parte de un clásico del género contestatario- acerca de la necesidad de asegurarse desde qué ángulo, en qué actitud se formulan censuras y descalificaciones. La educación es el campo privilegiado para esta especie de autoconocimiento. (Zaratustra, a su émulo: “puesto que me previenes, ¿por qué no te previenes a ti mismo?”) Hoy, la atmósfera de los debates pedagógicos se ha cargado de reproches dirigidos a la Escuela –más específicamente, a la “escuela moderna”-, esa forma de atención a la infancia en la que el “arte de enseñar todo a todos” habría consagrado y endurecido (así se supone) sus rasgos más indeseables.

Circulan demasiados mensajes portadores de un descontento que, a nuestro modo de ver, no se han hecho bastantes preguntas sobre su propia legitimidad. No los diremos nacidos “del pantano”. ¿Por qué lo haríamos? El autor de este giro debe seguir siendo su dueño—nos interesa su sentido, no su tenor literal. La falla que creemos notar tiene su origen en una debilidad lógica más que ética. Es la gozosa predilección por los planteos dicotómicos y la consiguiente preferencia por una argumentación a base de esquemas rígidos, no obstante ser la rigidez aquello de lo que se afirma discrepar. Es sólito que se construya un gran esquema de este tipo: de un lado, regímenes, sistemas (el sistema educativo, por ejemplo) sostenidos y perpetuados por la Mayoría; del otro, denonadas iniciativas de la Minoría, destinadas, o a ser neutralizadas por el aparato mayoritario, o a permanecer en estado de contingencia testimonial. Un Orden mayestático asfixia a los innovadores: una situación en verdad indeseable. El planteo conlleva dos conceptos capaces de trabar progresos ulteriores: dualización y determinismo, uno y otro apropiados sólo para acompañar el gesto de dejar caer los brazos, en teoría y en práctica.

Vivaces estudiantes, intelectualmente bien dotados, se acogen a este esquema de vasta difusión. Consideraremos una muestra valiosa del género, de la que transcribimos pasajes reveladores:

(El imponente Sistema) Una imponente organización burocrática estría el campo de

la educación, limitando, coartando el surgimiento de lo nuevo. En nuestras aulas, desde el paradigma moderno, la contingencia es vista como una enemiga, y la contemplación de cualquier emergente es rápidamente neutralizada por las ‘exigencias’.—(La réplica inconciliable) El profesor-militante busca producir diferencia en ese ahí ‘concreto’; no pretende orientar la labor docente en el porvenir, un aconte-

cimiento (es) irreproducible por naturaleza.—(¿Hay una convergencia concebible de Mayoría y Minoría?, No, porque...) Tal conciliación es imposible.

En esta visión, el Ser y el Devenir se enfrentan como reinos paralelos; como tales, no se tocan. Y las cosas son llevadas tan lejos como para ir a dar, citando a los omnipresentes Deleuze y Guattari, a esta afirmación entre todas inaceptable: “Una ‘información’ es un conjunto de palabras de orden ..., la información es exactamente el sistema de control”. Avances paulatinos, logros mutuamente comunicados, se vuelven materia de injustificada sospecha. No se ve cómo una actitud semejante contribuiría a mejorar lo existente.

3. (Estímulos) De manera que no toda diatriba contra el “orden establecido” –no toda muestra de hartazgo de Occidente- concuerda con la intención y con los términos que el filósofo de Zaratustra eligió para expresarse en una época en que se hallaba en plena posesión de sus recursos (4). Nos incumbe bosquejar al menos cuál ha sido entonces el estilo propiamente nietzscheano; como se comprende, renunciamos a descifrar todas las alusiones, todas las metáforas. Pensamos que es posible identificar en Así habló Zaratustra un haz de sugerencias aprovechables aún hoy, presuponiendo que tratamos aquí de Nietzsche como lo haríamos con cualquier otro ensayista—esta vez, es cierto, un autor nada vulgar,- prescindiendo del interés que tengan sus profecías.

--Así habló Zaratustra trasmite, ante todo, una sabiduría que exalta valores de creatividad, de abundancia de vida, de generosidad que se vuelca hacia los otros precisamente en razón de una necesidad (Not) de entrega incondicionada. Sea que esto ratifique o cancele el plano de la reciprocidad regulada o “contractual”, -algunos de nosotros queremos conservar, en lo suyo, la conmutatividad aristotélica-, es innegable que la disposición de entrega tiene que ser acogida como un ingrediente que anima y enriquece las relaciones entre los humanos.

Ha sido bueno que alguien nos lo recordara con peculiar énfasis. Poniendo aparte tal o cual exabrupto (“el hombre, torrente cenagoso”) y reservando para otro lugar las descalificaciones de temas y personajes bíblicos, resta que lo que se da, en este Nietzsche, es una forma exigente de fil-antropía. Pero esto no puede saberse sin hacerse personalmente lector de Zaratustra—lector: ni devoto ni prejuiciado. Nuestra educación está vitalmente necesitada de llamados a la comunicación entusiasta entre pares.

--Nadie dirá que esta acentuación de lo creativo carezca de valor y de oportunidad también para nuestro tiempo. Como ha sucedido otras veces, Occidente, en su agotamiento, se aboca a la tarea de re-nacer, y esto supone escuchar a quienes han estado mostrando sus carencias. Los señalamientos que en John Stuart Mill se vertían en tono menor, revisten en Nietzsche una intensidad desusada. Serán más eficaces si se atenúa su vehemencia, cosa que va siempre sobrentendida cuando, como es nuestro caso, se está pensando en la cotidianeidad del aula y sus actores.

El trozo “Del espíritu de pesadez” (¿traduce bien Vom Geist der Schwere?) es peculiarmente enérgico, sin duda más complejo de lo que nos es dado espigar en él. El que aprende es una personalidad actuante: un sujeto no objetivado por otros. Vive el aprendizaje bajo el signo de la búsqueda—“ensayar e interrogar, esa es mi manera de avanzar...” O, con palabras que han conocido larga fama: “En verdad, el camino no existe”.

¿Es un modo de entender que pueda contentarnos—a nosotros, profesionalmente atareados con el empeño insoslayable de rescatar lo adquirido? No, si ello significa consagrar una suerte de creacionismo cultural. Sin embargo, cuando abogamos por métodos flexibles, cuando nos asumimos siempre dispuestos a recomenzar, -inclusive, cuando nos negamos a desechar “el relámpago que interroga”,- obedecemos a un imperativo de resistir la indolencia de las ideas hechas (así se hablaba unas décadas atrás). La práctica de la educación supone hacer lugar a un cierto monto de uniformidad sin el cual se iría a la deriva reincidiendo tal vez en errores del pasado (6). Pero es obvio que ha de tratarse de una plataforma de partida y no de un peso muerto (¿“espíritu de pesadez”?) para destinar al “manicomio” (sic) al que “opina o siente” en disidencia con “los que quieren lo mismo”. Inequívoco precedente del “aprender a aprender”, tan celebrado en nuestros días.

(Convendrá releer este largo fragmento titulado “Viejas y nuevas tablas”.)

--No es fácil conciliar esta apología de la iniciativa creadora, este llamado a la búsqueda sin límites con el tono complaciente con que pensadores de la actualidad describen lo que sería característico de la así denominada Posmodernidad. A. Badiou ha escrito: “El Sujeto contemporáneo es vacío, escindido, a-sustancial, irreflexivo”. Sea que nos complazca o no este perfil que afirma acogerse a la complejidad, no se diría que tenga su origen en una comprensión del Sujeto, la nietzscheana, en cuyo centro se hallan el querer, la voluntad de procrear (¿traduce apropiadamente el original: Wille zur Zeugung?). Lo que se lee en Zaratustra no es vaciedad o mera “disrupción”. No definible como subjetivismo, el libro no hace nunca la impresión de un diario íntimo—sí, la de un texto que insta de continuo a asumirse como protagonista, como individualidad, conciencia que aprecia y elige. No es un juego de palabras distinguir entre los pocos que “quieren” (wollen) y los muchos que son objeto del querer ajeno (gewollt).

--Ensayemos, por último, arrojar alguna luz sobre los conceptos de dominación y voluntad de poderío (Wille zur Macht), generalmente considerados centrales en el pensamiento de Nietzsche. Entre otros, el trozo titulado “Del autodomínio” nos orienta a una conclusión, no sin originar cierta perplejidad según interpreta la exégesis corriente.

Opuesta a lo que solemos suponer—sin exceptuar al autor de estas páginas-, la Voluntad y el Querer nietzscheanos se adscriben a abundancia de vida y no al partido de opresores y demolidores sin mañana. “La bondad suprema es la creadora”. Ejercer, esgrimir la voluntad de dominio no aboca al sufrimiento sino a la insaciable aspiración hacia lo más alto.

Las manifestaciones que siguen son reveladoras:

Este es el secreto que la vida me ha confiado: Soy el que debe superarse a sí mismo.

Sea que le llamemos instinto genésico, instinto de finalidad o tendencia ascendente hacia lo más elevado, lejano, multiforme, se trata de lo mismo, del mismo secreto.

Perecería, antes que renunciar a esta única aspiración; en verdad, cuando se ve morir y caer las hojas, es que la vida se sacrifica a la potencia.

Por más que sea creador y ame mi creación, debo hacerme el enemigo de mi creatura y el adversario de mi amor: así lo quiere mi voluntad.

Realmente, no puede decirse que no se nos ofrezca aquí una inspiración para desarrollar una educación del entusiasmo y la inconformidad productivos.

Cabe preguntarse si existe una diferencia entre viejos y nuevos críticos de la civilización occidental—de su forma originaria y de su encarnación americana. A falta de un relevamiento mucho más amplio que el que intenta este artículo, no carecerá de verosimilitud el siguiente atisbo de respuesta.

Notemos que los estilos polémicos de Mill y de Nietzsche tienen un elemento en común, un rasgo que no se encuentra en los desencantados de estas horas: declaran, aquellos, razones para restaurar la confianza—en el primero, confianza en asociaciones espontáneas ajenas al poder estatal; en Nietzsche, confianza ínsita en un querer que no cesa de apuntar a metas siempre más lejanas (“más alto, más lejos, más múltiple”). Los nombres que podemos asignarles describen la disparidad de las respectivas ambiciones: se trata, en el primer caso, de voluntariedad que congrega, y, en el segundo, de voluntad creadora siempre renovada. Satisface comprobar que en ambos hay lugar para la esperanza.



- 
- (1) De expresiones “paroxísticas” se sirve con gusto el filósofo en su texto “Estética, tragedia y extranjería”, en revista Fermentario, No. 9, vol. 1 .
  - (2) Para este tema, es siempre utilizable el manual de L. Luzuriaga, Historia de la educación pública, Losada, Bs. As., 1946.
  - (3) Conocemos la traducción francesa de G. Bianquis (Ainsi parlait Zarathoustra, Aubier, Paris, 1946), edición bilingüe.
  - (4) Ver La vie de F. Nietzsche d’après sa correspondance (Rieder, Paris, 1932).